



CALLE DEL DESENGAÑO • ALBERTO ESTELLA

Cartas de Unamuno han llegado

SE ha perdido el género epistolar. Mejor dicho, ha quedado reducido, trivializado, y dispuesto siempre a maltratar el lenguaje —y con frecuencia honores y famas—, a los *guasap, facebook, twitter...* (o como se escriban). De paso ha perecido la caligrafía, sustituida la pluma por las yemas de los dedos sobre el teclado o la pantalla, aunque a los grafólogos suele bastarles la firma para descubrir el carácter del autor (para conocer a Trump no hace falta ser grafólogo, basta ver como firma y rubrica). Algo han ayudado a su desaparición lo mal que funciona el servicio de Correos, y lo cara que resulta la mensajería.

Hay la posibilidad del correo electrónico, pero los que usualmente lo manejan hoy no redactan propiamente cartas. Hacen textos breves, sin la liturgia de una misiva escrita a mano, y envían adjuntos documentos, fotos o vídeos. No sé si quedará alguna novia que le envíe una carta a su pareja, cuando no hay cobertura, con la huella de un beso sobre el papel, con lápiz de labios, como algunas hacían antaño. Era cuando el “escribidme una carta señor cura”, clérigo que en el ingenuo poema de Campoamor respondía “ya sé para quien es”, supliendo el analfabetismo de la remitente. Luego el fajo de cartas, atadas con una cinta de seda, guardadas en una lata de membrillo, que amarilleaban. La destinataria, ya envejecida, se decidía a despolvarlas, releer y soñar con lo cariñoso que había sido de novio y lo arisco que había resultado como marido.

Sin embargo, qué genero más revelador, más interesante y hasta más entretenido. El que no ha leído cartas de Santa Teresa, contengan mística o asuntos materiales, no sabe lo que es el Siglo XVI, ni la Doctora de la Iglesia, ni el gracejo en el empleo de un excelente castellano. La pena es que se calcula que Santa Teresa escribió unas 15.000 car-

tas y no han sobrevivido ni 500. Si San Pablo se dirigió a los corintios, a los efesios, colosenses..., ella se carteoó con todo quisque. Lo mismo trata del envío de sardinas frescas, que del espanto al conocer la muerte de un familiar. El caso es que fue una “epistolómana”, porque echarse a la pluma quince mil misivas parece tarea ardua. El término, no académico, se lo escuché esta semana a Jean Claude Rabaté, en la Casa de Unamuno, mientras presentaba con su esposa Co-

Se calcula que Santa Teresa escribió unas 15.000 cartas y no han sobrevivido ni 500. Si San Pablo se dirigió a los corintios, a los efesios, colosenses..., ella se carteoó con todo quisque

lette, el epistolario de don Miguel, otro epistolómano que tal baila.

Que Unamuno era —afortunadamente—, un maniático de las cartas, se infiere de las numerosísimas que envió, y que el matrimonio francés estudioso de su obra, ha leído, clasificado y editado. Es un decir, porque hay tantas epístolas de aquel pozo de sabiduría, que se necesitarán ocho volúmenes para publicarlas, y siempre estarán ligeramente incompletos. El martes se presentaba solamente el primer volumen, más de mil páginas, fechadas de 1880 a 1899. Co-

mo no creo que llegue a conocer los ocho tomos, me dispuse a leer las cartas de la juventud del escritor, abriendo por páginas al azar. Lo bueno que tiene los epistolarios es que puede ir uno a salto de mata, sin orden alguno. Coño, que erudición y como se entrega don Miguel. Alguno preguntará ¿y no se aburre usted? ¡*Quiá!* Todo lo contrario.

Es curioso como con poco más de treinta años Unamuno rebate a un amigo el que en su tierra vasca hayan tomado preponderancia los “maquetos”, sosteniendo que realmente la tienen “los mayores y peores caciques (que) son indígenas”. Y sostiene que los fueristas, regionalistas, separatistas, nacionalistas, “como quiera llamárseles... (tienen) la chifladura de exaltados echados a perder por indigestiones de mala historia”, etc. Del lenguaje de su patria vasca dice “la selva casi inextricable del eusquérico”. ¿Qué escribiría hoy a sus amigos de Cataluña y Bilbao?

Como ya estaba por aquí de catedrático, envía a su amigo Múgica las “Querellas del ciego de Robliza”, (de las que resultó autor Luis Maldonado). Le anuncia “estoy recogiendo vocablos y modos de hablar de esta provincia... Tengo una regular cosecha”. Y le adjunta con la carta “cosas de aquí”, entre las que ya anota, por ejemplo, que decimos (decían) *hizon, puson o dijon*; que a lo castizo, genuino, le llamamos *lígrimo* (voz que creo aprendió en una ganadería charra); y que cuando alegamos andancio, nos referimos a una enfermedad contagiosa de los ojos (no era propiamente así, estos días comenzarán entre nosotros las epidemias de catarro, gripes leves..., *andancio*).

En suma, mis felicitaciones a Mariano Esteban de Vega, Vicerrector garante de los festejos de los 800 años de la USAL; a Eduardo Azofra, responsable de sus ediciones; y a los Rabaté, por tan gigantesca y afortunada empresa.